

TEBETO. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura
N.º 21, Puerto del Rosario (2016), pp. 391-424, ISSN: 1134-430-X

TERRITORIOS IMAGINADOS, LUGARES DESEADOS
Y TURISMO DE MASAS

RAMÓN DÍAZ HERNÁNDEZ

Profesor de Geografía Humana
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Resumen: este trabajo está centrado en la idea de paraíso entendida como espacio mitológico donde es posible hallar la felicidad para los seres humanos y considerada por todas las civilizaciones como una fuerza vital e imprescindible. En unos casos, el paraíso se logra con la construcción de una sociedad perfecta e igualitaria, siguiendo las propuestas más dispares diseñadas por soñadores y utopistas de todos los tiempos. Pero, también, se entra en el paraíso (entendido como paraje terrenal que aun conserva ciertos rasgos virginales o a los que se le atribuyen evocaciones propias del mundo primitivo, feliz e inocente de eras muy anteriores a las nuestras) mediante visita presencial. En ambos casos, y con una oportunista combinación de factores, la industria turística ha convertido el mito del paraíso en territorios imaginados y deseados como un componente esencial de la sociedad contemporánea. A través de un eficiente marketing publicitario fomenta la pasión compulsiva por viajar, visitar y contemplar lugares diferentes a los habituales. A partir de ahí, el negocio turístico no ha hecho más que abrir el mundo a los consumidores a los que les sugiere vivir y disfrutar de espacios mitificados y experiencias únicas para fantasear en cualquier momento de la vida con aquello de 'Yo estuve en el paraíso'.

Palabras clave: utopía; Islas Afortunadas; Islas de los Benditos; Paraíso Terrenal; Jauja; La Arcadia; Jardín del Edén; Macaronesia; Campos Elíseos; Tierra de Promisión; Walhalla.

Abstract: this article is based on the idea of the paradise, a mythological space where it is possible to find happiness, with an extraordinary strength. In some cases, the paradise is obtained through the formation of a perfect and egalitarian society, according to the most different proposals designed by dreamers and utopian experts alike. At the same time it is possible to get into the paradise through a physical visit. In both cases the tourism activity has transformed the myth of paradise in certain desired, perceived locations as an indispensable process of the modern society. An efficient marketing promotes the compulsive passion to travel, visit and glaze at different places within this paradise. So, the tourism business has opened the world to consumers and suggests them to live and enjoy unique experiences in their lives thinking 'I was in the paradise'.

Key words: utopia; Fortunate Islands; Blessed Islands; Paradise on Earth; The Arcade; Garden of Eden; Macaronesia; Champs Elysées; Promised Land; Walhalla.

«En las montañas está la libertad. Las fuentes de la degradación no llegan a las regiones puras del aire. El mundo está bien en aquellos lugares donde el ser humano no alcanza a turbarlo con sus miserias».

Humboldt (1868).
(3ª edición francesa de *Tableaux de la nature*).

1. INTRODUCCIÓN

La tradición habla de dos paraísos: uno divino o celestial y otro terrenal. El primero coincide con el Cielo que es para los creyentes un lugar poblado por ángeles donde reina la felicidad completa y eterna. Se trata de un espacio de gozo y paz reservado sólo para los que han sido justos y bienaventurados en la tierra. El segundo paraíso podría identificarse con el que describe Hesíodo en su *Teogonía* donde explica el origen del universo y la genealogía de los dioses. Según este poeta heleno existió una antigua edad de oro en la que los hombres vivían como dioses, sin penas, liberados del dolor y del trabajo. Gozaban de una fiesta permanente y la tierra les abastecía de abundante alimento. La paz reinaba en sus pueblos y eran amados por sus dioses. Pero un día el negligente Epimeteo abrió la caja de la perversa diosa Pandora y los males trastocaron la situación. Se acabó la edad de oro, pasaron fugazmente las de cobre y bronce y se impuso finalmente la dolorida edad de hierro en la que aun estamos sumidos. El sufrimiento que ha asolado a la humanidad desde entonces ha hecho que ésta no haya dejado de soñar ni un solo momento en recuperar aquel paraíso añorado del que fue inexplicablemente expulsada. Esos hechos explican el irredentismo multiseccular que reclama recurrentemente el regreso a aquella época dorada de la humanidad.

De ahí proviene la permanente formulación de utopías de todo tipo a lo largo de la historia: Homero, Platón, Empédocles, Teócrito, Ovidio, Virgilio, Horacio, San Agustín, Dante, Tomás Moro, Campanella... Pensadores de todos los tiempos y de todas las estirpes han aplicado lo mejor de sus fantasías a forjar tantas utopías religiosas, políticas, sociales, culturales y económicas como fuesen posibles para satisfacer a una demanda social finisecular que no ha dejado de estar seducida por la ilusión de ambicionar

un mundo mejor. Fruto de ello es que los textos alusivos a esta temática, pertenecientes a pensadores y escritores grecolatinos, egipcios, cristianos, árabes, chinos y japoneses, cronistas, filósofos, humanistas, historiadores, geógrafos, enciclopedistas, etc. conforman un extenso e inabarcable catálogo de propuestas orientadas en esa misma dirección.

En el presente estudio abordamos sucintamente el espacio mitologizado y, en la medida de lo posible, evocaremos el paisaje legendario del paraíso en sus diferentes dimensiones, unas veces como una colectiva construcción cultural con toda su carga simbólica y otras tantas como una recurrente demanda mental. La mayoría de los territorios mitológicos (*locus amoenus* o paisaje ideal) suele ubicarse en lugares no muy bien delimitados, bastante alejados o de difícil acceso, en donde la variable temporal está teñida de ambigüedad y responde casi siempre a una época antigua e imprecisa. Los lugares y las historias pueden presentar un denominador común, y a la vez satisfacer nostálgicamente a quienes los perciben imbuidos de trascendentes poderes legendarios. En estos mitos prevalece a menudo la dimensión sobrenatural y la esencia enigmática del relato resuena reiteradamente a través de los años alimentando afanes inciertos y pasiones cambiantes.

Por otra parte, hay que tomar en consideración que la recuperación del paraíso, o de una cierta noción banalizada del mismo, es la base fundamental de la actual oferta turística que explota comercialmente una peculiar mitología de la felicidad que yace en el subconsciente colectivo, y lo vincula al disfrute temporal de un espacio etiquetado como tal. La idea de disfrutar de lugares tildados de paradisiacos 'turistiza' la pertinaz fascinación que los humanos sentimos por lo lejano y desconocido, partiendo de la base de que la felicidad como producto de consumo no puede lograrse en la vida cotidiana, por otra parte repleta de esfuerzos, imperfecciones y desilusiones.

2. PAISAJES DE LA FELICIDAD

Se suele decir con mayor o menor fortuna que el sueño de la humanidad es el paraíso concebido como espacio imaginario en donde eclosiona el color, el ritmo, la existencia y la felicidad. Este anhelo (in)consciente parece estar impreso en lo más profundo del alma y su imagen, por borrosa o difuminada que sea, estremece los corazones, nubla las mentes más brillantes y moviliza todo género de energías. El paraíso deviene así en una suerte de tótem emblemático que acaba encarnándose en el mundo onírico colectivo. Hay constancia de que a lo largo de la historia dicha idea se ha mantenido adherida a la naturaleza humana. No hay manera de librarnos

de ese sentimiento por eso sostenemos en nuestra conciencia el continuo deseo de buscar mágicos y alejados espacios de la felicidad, en donde la dicha de vivir y gozar suponga un factor primario fundamental, lejos de las preocupaciones por las cosas cotidianas y rutinarias (Marina, 2007). Incluso las sociedades de la era industrial y de la postmodernidad con todos sus avances técnicos no han conseguido erradicar ese vínculo atávico. Hoy como ayer persiste la ilusión colectiva de alcanzar la puerta de un paraíso alejado de los vicios e injusticias de una civilización decadente.



Fig. 1: *El Paraíso Celeste* de Jan Brueghel (1568-1625)

En resumen, el mito edénico del Paraíso Terrenal que narra la Biblia y otros libros sagrados es un símbolo seminal e inapelable que ha estado presente en todas las sociedades que se han ido sucediendo a lo largo de la Historia. El paraíso como realidad física y como metáfora redentora, con sus diferentes nombres de Campos Elíseos, El Dorado, Jauja, La Arcadia, Islas Afortunadas, etc., es definido vulgarmente como un idealizado lugar de felicidad que se recibe como premio (o como castigo

sentirse privado de él) a toda una vida. Pero es también una proyección figurada, una meta vital inalcanzable, una nostálgica utopía y una vía de escape para la oprimida esperanza. Todas las culturas lo han reinventado y adaptado a su manera. Como ya señalamos, el sueño del paraíso es por así decirlo la materia prima del inconsciente colectivo que inspira las estrategias comerciales de la poderosa industria turística contemporánea, consciente de que la sociedad del consumo es también una gran fábrica de frustraciones y resentimientos, y en la que soñar es una de las pocas escapadas permisibles a la mayoría de los mortales.

3. EXTENSIÓN E IMPORTANCIA DE UNA HERENCIA ARCAICA

Se suele decir que en el origen está la clave; muchas tradiciones y leyendas se han construido a la medida de los sueños y obsesiones de los humanos reproduciendo y reinventando experiencias ancestrales. No se consideran historias propiamente dichas pero sí son realmente fábulas mitológicas cuya razón de ser y su función cumplen una misión distinta a las de la Historia. Ya lo decía Freud: «...la herencia arcaica del hombre no sólo comprende disposiciones, sino también contenidos, huellas mnemónicas de las vivencias de generaciones anteriores»¹. Hay religiones que al establecer escatológicamente un destino ultramundano a los individuos al término de la vida (muerte, juicio final, infierno y Gloria o cielo) propiciaban las mitologías con fundamentos éticos, pero también como forma de pensamiento prelógico y como amalgama sincrética de ritos y costumbres. Es el caso del antiguo Egipto en donde existía la creencia de que sus difuntos dispondrían de praderas fértiles de abundantes alimentos en la otra vida. Creencias parecidas fueron también compartidas por diferentes culturas indoeuropeas desde donde han trascendido a culturas y civilizaciones más recientes.

Los textos sagrados y los documentos fundacionales a menudo incorporan ritos simbólicos, signos ostentativos y trascendentales que perfilan identidades exclusivas o incurren en el retorno de realidades olvidadas. Así es, en efecto, si prestamos atención a lo que dicen los documentos bíblicos y la tradición histórica. Por ejemplo, en el *Antiguo Testamento* (Génesis 2, 8-15) aparece reflejado el jardín o vergel en donde Dios hizo residir a Adán y Eva. A este lugar se le denominó Paraíso Terrenal y Jardín del Edén. En la tradición hebrea y según el relato bíblico del libro del Génesis es el lugar donde había puesto Dios al hombre después de haberlo creado del polvo de

¹ Freud, S. (1970): *Escritos sobre judaísmo y antisemitismo*. Madrid, Alianza.

la tierra: «Y Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado» (Gen. 2:8); «Tomó, pues, Dios al hombre, y lo puso en el huerto del Edén, para que lo labrara y lo guardase» (Gen. 2:15)².

La palabra Edén se suele utilizar como sinónimo de paraíso, sin embargo la palabra paraíso originalmente se refiere a un bello y extenso jardín; pero Edén se refiere igualmente a un lugar que destaca por su pureza y su composición natural. En el *Antiguo Testamento* se habla de Canaán como la Tierra de Promisión que Dios reservó a los descendientes del patriarca Abrahán. Esta primigenia expresión fue admitida por ciertos pueblos o se ha extendido luego a otros lugares y a otras culturas en diferentes épocas.



Grabado en el que se representa un jardín u hortus romano. Virgilio parece explicar a Mecenas los encantos de aquel mundo delimitado, donde la naturaleza domesticada ofrece sus encantos y sus frutos. La casa de Mecenas, cerrada a los poderosos, brindaba su entrada a los poetas que daban los primeros pasos: Virgilio, Horacio... Mecenas obsequió a Horacio con una quinta ajardinada. También ayudó a Virgilio, que «jamás pudo vivir en Roma» y que sólo era feliz cuando estaba en el campo.

Fig. 2: Virgilio muestra a Mecenas la placidez del hortus

² Alfonso el Sabio sitúa el Paraíso Terrenal en Oriente: «era de tierra de oriente a la parte que llaman Edén, allí o dicen las estorias que es el *parayso* o fue fecho Adam» (*Primera Crónica General*). Santo Tomás lo ubicó en el Sur de África pero hubo autores que lo colocaron en la desembocadura del río Nilo (*Libro del Conocimiento de todos los Reynos*, edición de Jiménez de la Espada, Madrid, 1877).

En el *Nuevo Testamento* (Lucas 23, 42-43) el término paraíso se utiliza también para designar la morada celestial de los justos y los bienaventurados; en ese lugar gozan de la beatitud eterna y de la presencia de Dios. Pero el paraíso, como ya se ha comentado, es un lugar común en otras religiones. Así vemos como son numerosas las religiones que creen en un paraíso. Por ejemplo, para los antiguos egipcios era el reino de Osiris; para los griegos y romanos, los Campos Elíseos; para los germanos y antiguos escandinavos, el Walhalla; para los musulmanes el Edén de Mahoma³, etc. No obstante, la más antigua tradición bíblica, las culturas norteafricanas y orientales, e incluso buena parte de la cultura grecolatina, sitúan geográficamente el paraíso en el Oriente Próximo, en un lugar remoto de Mesopotamia o en los valles inaccesibles de las montañas caucásicas.

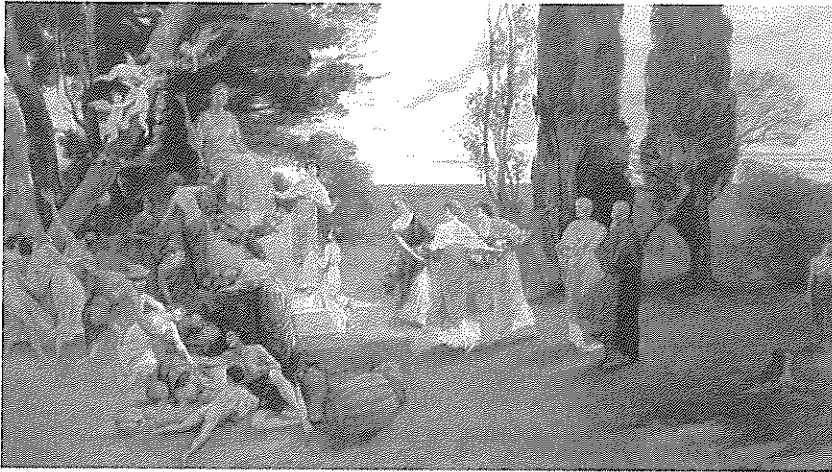


Fig. 3: *La Arcadia* (F.A. von Kaulbach, 1850-1920)

En un sentido más racional no cabe la menor duda de que el paraíso reside esencialmente en la imaginación colectiva e individual porque estamos ante todo frente a una construcción mental y cultural. Séneca (4 a. C. - 65) al identificar la patria como aquel lugar donde se vive felizmente, lo sitúa en un lugar concreto, en el exterior del individuo. En cambio, Rilke (1875-1926) lo interioriza al ubicar la verdadera patria del hombre en su etapa infantil. Por esa razón Jorge Manrique (1440-1479) adscribe la era de la felicidad al mito nostálgico del «cualquiera tiempo pasado fue mejor». El mismo Dante escribió su *Comedia* para encontrarse en el Paraíso con

³ La morada de los justos, para el Islam, es *al-janna* (el jardín) que recibe varios nombres distintos, entre ellos: *jannat-adan* (el jardín del Edén) o *jannat al-na'im* (el jardín de las delicias). En textos más tardíos se encuentra el término *firdaws* (paraíso) palabra que al parecer proviene del griego o del persa.

su irrecuperable Beatriz, su añorado e imposible amor de juventud. Servier en cambio nos recuerda en 1995 que la utopía es ucrónica precisamente porque sólo se alcanza la perfección cuando el tiempo no pasa.

Marina (2007) rescata la antigua visión de clásicos como Virgilio para asociar paraíso, felicidad y jardín. Según este autor «El contacto con las plantas tiene efectos mágicos. Nos sitúa ante la serena potencia de la vida. El cultivo —la cultura— es una gran metáfora de nuestra existencia: un modo de humanizar la naturaleza... No me extraña que las civilizaciones antiguas pensaran que el paraíso era un jardín». Pero no son sólo las sociedades antiguas las que asocian y veneran los jardines como si de una representación totémica del paraíso se tratara, sino también las contemporáneas que prosiguen relacionando la imagen del paraíso con la de un hermoso jardín poblado de plantas exuberantes.

Como se puede apreciar, cada cultura tiene su propia concepción del paraíso, buena prueba de ello es el fragmento del poema escrito por Ibn Jafaya (poeta hispanoárabe que vivió entre 1058 y 1138) en el que recrea ambientes exquisitos como las descripciones de jardines paradisíacos en la estrofa que se reproduce seguidamente:

*«¡Oh gentes de Al Andalus, qué gozo el vuestro!
tenéis agua, sombra, ríos y árboles: el Paraíso eterno
no está sino en vuestras moradas y si hubiese
de elegir, con éste me quedaría. No creáis que mañana
entrareis en el infierno. ¡No se entra en el Infierno después de
haber estado en el Paraíso!».*

4. CRÓNICA DE UN SUEÑO SECULAR

Veamos a continuación como se presenta el paraíso en una breve e imaginaria crónica de un sueño interminable. Como se ha venido insistiendo, en el principio, el paraíso fue un jardín. Eso es al menos lo que significa la palabra persa «*paradeiza*», origen del vocablo castellano: huerto verde, frondoso y ameno, con mucha agua. El jardín del Edén, en la Biblia; o el Jardín de las Hespérides en las Islas Afortunadas⁴ y

⁴ Jardín de las Hespérides: Huerto de la diosa Hera en donde se producían las manzanas doradas. En la mitología griega las Hespérides eran las ninfas que cuidaban este maravilloso jardín situado en un lejano rincón del Occidente. Unos lo sitúan en La Arcadia (Grecia) y otros en la cercanía de la Cordillera del Atlas (Marruecos) o en una isla en el borde del Océano Atlántico. Las Hespérides fueron asimiladas al mítico continente de la Atlántida y a las Islas Afortunadas (que serían las tierras que no se hundieron con el cataclismo que hizo desaparecer a este continente) ya que los antiguos creían que se trataba de un lugar situado en el extremo oeste del mundo entonces conocido.

los Campos Eliseos⁵, en la mitología griega, eran lugares de ubérrima fertilidad, donde la naturaleza abolía su acostumbrada hostilidad y proporcionaba toda suerte de placeres. No cabe aquí introducir el sentido de la lógica racional pues en este ámbito la (sub)realidad se reconciliaba consigo misma: «El cordero pacerá junto al león», decía el profeta Isaías. Y árboles gigantescos producirían dorados frutos, para adornar el aire y satisfacer todas las necesidades. Tradicionalmente la fertilidad se ha enlazado siempre con la dicha. Antiguamente, la palabra «félix» significaba «fértil, productivo». Por ejemplo, se hablaba de la «félix Arabia», de la exuberante Arabia. Así vemos como el mito se perfila y repite en los textos antiguos, alegremente subrayando con énfasis, ritmo y colorido la feracidad de una tierra paradisíaca y rebosante de insólitos frutos e igualmente exaltando la exuberancia de la fauna y la flora, la cálida luz solar y la policromía tropical. El paraíso era, en definitiva, un jardín que produce cosas placenteras sin exigir por su goce y disfrute el menor esfuerzo a cambio.

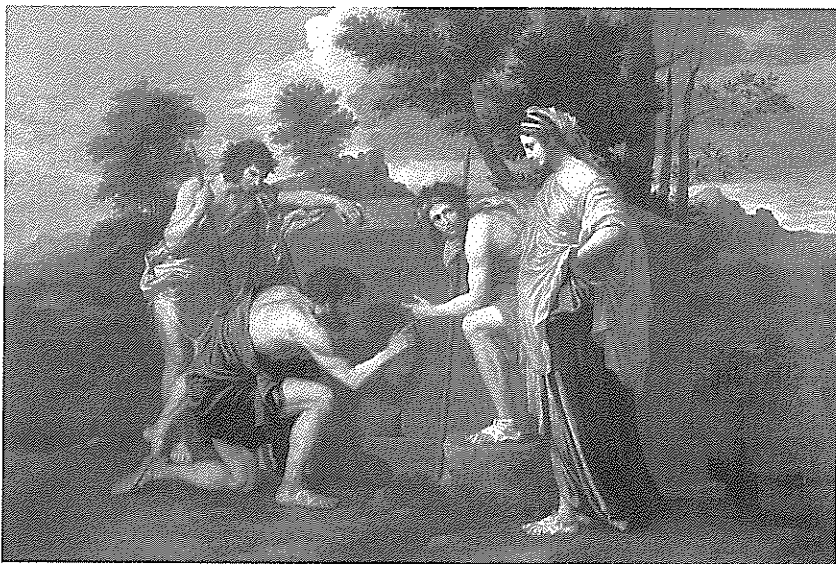


Fig. 4: Nicolás Poussin: *Los pastores de Arcadia* (Museo del Louvre)

⁵ Campos Eliseos o Llanuras Eliseanas: lugar delicioso y sagrado a donde iban las sombras de los hombres virtuosos y los guerreros heroicos. Allí llevaban una existencia dichosa y feliz, en medio de paisajes verdes y floridos.

La región rural de La Arcadia, perteneciente a la antigua Grecia, se convirtió con el tiempo en el nombre de un espacio imaginario, creado y descrito por diversos poetas y artistas, sobre todo del Renacimiento y el Romanticismo, como la escenografía ideal para sus creaciones. Aquel espacio geográfico trasciende a la consideración de metalugar cuando la imaginación de los creadores nos hicieron creer que allí reinaba la felicidad, la sencillez y la paz perfecta, en un ambiente idílico habitado por una población de pastores dóciles que vivía en comunión con la naturaleza en consonancia con la leyenda del buen salvaje. Un sentido parecido al concepto de *Utopía* empleado por Tomás Moro (1478-1535). Los temas pastoriles formaron parte de mitos y leyendas procedentes de aquella región y fueron mencionados por los cuentos populares, en la poesía (églogas) y en los discursos de algunos sabios cuando postulaban virtudes edificantes y formas de vida ejemplar.

Entre los artistas occidentales que tocaron el tema de La Arcadia en sus obras se encuentran Poussin (1594-1665), Sannazaro (Nápoles, 1456-1530)⁶, Cervantes (1547-1616), Lope de Vega (1562-1635) o Garcilaso de la Vega (1498-1536). La Arcadia ha permanecido como un tema ético, estético y un punto de referencia obligada desde la antigüedad, tanto en las artes visuales como en la literatura. Imágenes de bellas ninfas y paisajes pastoriles han sido una recurrente fuente de inspiración de pintores, literatos y escultores. La mitología griega sirvió de inspiración al poeta latino Virgilio (70-19 a. de C.) para escribir sus *Bucólicas*, una serie de poemas de temática agropastoril que tuvieron una enorme influencia en la literatura europea medieval. En las referencias del poeta Virgilio (al igual que Platón en sus *Diálogos de Timeo y Critias* en donde se describe la isla-continente de la Atlántida) estos lugares paradisíacos estarían geográficamente situados en el margen occidental del mundo, en la ribera del océano Atlántico o en las Islas Afortunadas. En el Renacimiento, La Arcadia pasa a ser el símbolo de la sencillez pastoril y escritores de la talla de Garcilaso de la Vega tratan frecuentemente el tema asimilándolo al propio paraíso. Así, pues, repetidamente se nos presenta este territorio de la felicidad como el resultado espontáneo de un modo de vida natural no corrompido todavía por la civilización.

En el contexto del Renacimiento (S. XV) y del Enciclopedismo de la Europa Ilustrada del S. XVIII se promocionó una oleada de expediciones para culminar el conocimiento del Planeta. Una vez más, los viajeros, con sus fantásticas historias de más allá del horizonte, alimentaron el viejo mito de la Tierra Prometida o de las Islas Hespérides. En aquellas

⁶ Autor de *La Arcadia*, novela pastoril renacentista escrita en italiano.

tierras lejanas y semisalvajes existirían, junto a riquezas sin fin, libertades objetivas y subjetivas que eran inimaginables encontrarlas en la encorsetada sociedad occidental. La libertad aparece ahora como un valor más a agregar a las antiguas propiedades del paraíso. Con ello se refuerza la idea del paraíso como icono de la felicidad, convirtiéndose en algo así como una percha que admite cualquier ropaje que interesase colgar (Dios, oro, gloria, etc.).

Esta imagen mítica crece a partir de 1768, fecha de la expedición de Louis Antoine de Bougainville (1729-1811) a Tahití (Archipiélago de Salomón) y que regresó con un singular cargamento de sugestivas leyendas en donde describe a los nativos como un pueblo apacible, feliz e inocente, sin atisbos de corrupción ni prejuicios sociales que inspiraron una serie de pensamientos filosóficos y utópicos relacionados con la civilización occidental. Los relatos del Conde despertaron en el Viejo Continente un enorme interés por sus descripciones sensuales y paradisíacas de la renacida isla anacreóntica *Nueva Citera*⁷, asociada al mítico jardín del Edén o a los mismos Campos Elíseos. Este ambiente influyó a Rousseau (1712-1778)⁸ su idea acerca del ser humano que, a su juicio, era perfecto en estado natural y es la sociedad quien lo corrompía. A partir de ahí aflora la noción de que la sociedad y, por extensión la vida urbana, son el antiparaíso. En este último sentido se podría incluir a Rousseau como seguidor de los precursores del movimiento urbanofóbico reflejado (entre otros) en Fray Antonio de Guevara autor en 1539 de *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* que defiende la idea de que la única ciudad buena era la Jerusalén prometida, en tanto que las restantes ciudades sólo promocionaban vicios. El 'descubrimiento de la naturaleza' desencadenado por la filosofía roussoniana culmina el proceso de idealización del campo y de la vida rural que tuvo un enorme éxito durante el Romanticismo.

5. TERRITORIOS DESEADOS

La recuperación de la integridad de los sentidos como supremo ideal de belleza está íntimamente asociada a la mitología edénica. Nadie mejor que Stevenson pudo definir esa sensación de bienestar espiritual

⁷ Bougainville rebautizó en 1768 la isla de Tahití con el nombre de Nouvelle Cythère porque consideraba que aquella isla del Pacífico era lo más parecido al Paraíso Terrenal.

⁸ Jean Jaques Rousseau a través de su novela *Emilio, o De la educación* promueve pensamientos filosóficos sobre la enseñanza. En este libro, exalta la bondad del hombre y de la naturaleza.

cuando desembarcó en 1888 en las frondosas islas Marquesas, en medio del océano Pacífico, en donde se encontró con unos paisajes azules, paradisíacos y lejanos, poblados por gente verdaderamente fascinante, que despertaron en él emociones sin límites hasta el punto de quedarse a vivir allí el resto de sus días y solicitar ser enterrado en sus virginales tierras. Una seducción similar la experimentaron muchísimos creadores (Gauguin, Loti, Segalen,...) como veremos más adelante.

Sobre esta cuestión razona Marina (2007) *que el anhelo del paraíso se ha concretado a lo largo de la historia de la humanidad en fantásticos y fértiles jardines, en medio de idílicos paisajes, en donde vivir sin esfuerzo, sin dolor, sin culpa, sin preocupaciones y sin problemas constituye la máxima felicidad y el deseo más codiciado por el género humano en todos los tiempos*. Los sueños actúan como un mecanismo compensatorio que devuelve a los humanos la ilusión de gozar de los proyectos ambicionados pero no logrados durante la vigilia. Si se pudiera documentar la historia de los sueños de la humanidad tal vez no reconoceríamos de verdad el tiempo pasado (Marina, 2007). El subconsciente colectivo ha estado y está poblado de esas imágenes fabulosas pues en esas fantasías, que escapan a cualquier límite, el paraíso forma parte esencial de la historia onírica de los pueblos. Es el *buen lugar* por antonomasia de cuyas bondades se extrae una rebotante felicidad. Todas, absolutamente todas las civilizaciones que han existido a lo largo de los tiempos, lo han reinventado y adaptado a sus formas y maneras de sentir y vivir sus respectivas creencias, culturas, ideologías e intereses.

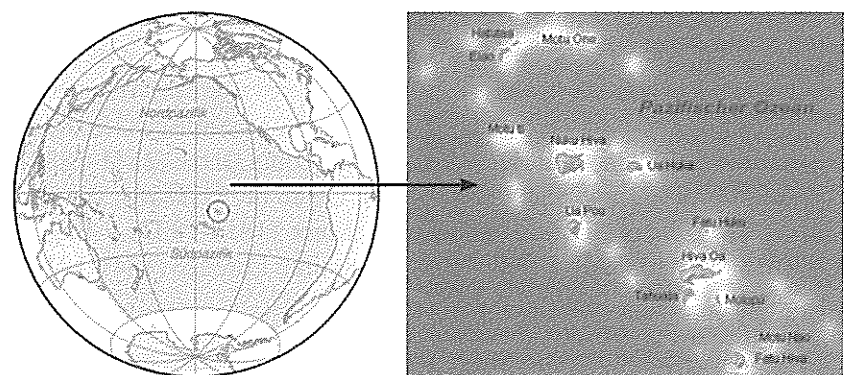


Fig. 5: Situación de las Islas Marquesas en el Pacífico Medio

Jung (1875-1961) hablaba ya de las verdades psicológicas del mito, que consideraba universales y necesarias para la salud de la psique humana. Los hombres necesitan las historias que transmiten los mitos para encontrar sentido a la confusión de nuestra sociedad y de nuestra mente. La teoría junguiana del mito se apoya en la creencia de que los mitos expresan las verdades de nuestro subconsciente, y que los dioses, las diosas y los héroes que los protagonizan encarnan aspectos de la creatividad, inteligencia, dolor, alegría, agresividad y éxtasis. Los seres humanos somos creadores de mitos por naturaleza porque somos curiosos y estamos siempre viviendo de forma inconsciente los patrones del mito. En términos psicológicos nos encontramos sujetos a un patrón mítico u otro de cuya influencia es difícil desligarse⁹.

Ernst Bloch (1885-1977) decía que los sueños en los humanos representan una expresión de conciencia anticipadora, cuya función utópica última es transformar la realidad y alcanzar una existencia sin alienación. Este autor demostró, desde un enfoque marxista, que las utopías sociales son necesarias para que el hombre logre una toma de conciencia global y obtenga una visión histórica completa¹⁰.

Para ejemplificar esta última cuestión nos pararemos a resaltar la existencia de diferentes tipos de paraísos terrenales, laicos, religiosos, naturales, artificiales, interiores, exteriores, anclados en el pasado o remitidos al futuro. Existe, por lo tanto, un muestrario extenso de paraísos, perdidos o no encontrados, y un imaginario de lo que se podría denominar *la tierra prometida*. Por ejemplo, en los siglos XIX y XX algunas sociedades experimentaron una intensa atracción por los paraísos políticos¹¹. De tal modo que se formularon estimulantes modelos de idearios de posibles 'sociedades perfectas' que prometían a sus respectivos prosélitos alcanzar la suma felicidad en la tierra o el placer de gozar de un orden social más ético. Es en la décima novena centuria cuando numerosos autores como Proudhon (1809-1865), Lassalle (1825-1864), Bakunin (1814-1876), Fourier (1772-1837), Louis Blanc (1811-1882), Babeuf (1760-1797), Cobet (1780-1856), Owen (1771-1858), Blanqui (1805-1881), Saint-Simon (1760-1825), Marx (1818-1883) y Engels (1820-1895), Kropotkin, (1842-1921) o Anselmo Lorenzo (1841-1914),

⁹ JUNG, C. (1969): *Teoría del psicoanálisis*. Barcelona, 205 p.

¹⁰ Sobre esta misma cuestión Bloch escribió *Thomas Münzer, teólogo de la revolución* (1922) y *El principio de esperanza* (1954).

¹¹ La utopía la entendemos aquí como un proyecto de vida, ideología o sistema social óptimo que se estima como quimérico desde el punto de vista de las condiciones históricas existentes en el momento en que fueron enunciados.

entre otros muchos, los que sobresalieron como diseñadores y activistas de proyectos radicalmente alternativos a un capitalismo inicialmente explotador y brutal, cuya imagen más cabal inspiraron gloriosas páginas de la literatura europea¹².

6. PARAÍDOS BUSCADOS: VIAJES Y EXPLORACIONES

Las primeras fases de la conquista de la Tierra aparecieron envueltas en un ropaje de leyenda que dejaron a la posteridad una impronta a caballo entre la gesta heroica y la tradición. Casi todas las culturas históricas atribuyeron a sus dioses, semidioses o héroes la categoría de grandes exploradores que buscaron la tierra de promisión reservada por los dioses a su gente. En ese empeño destacaron entre los pueblos primitivos los sumerios, acadios, babilonios, egipcios, hebreos, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, etc. que se embarcaron en impresionantes aventuras expansionistas en las que se entrecruzaban intereses económicos, estratégicos y religiosos.

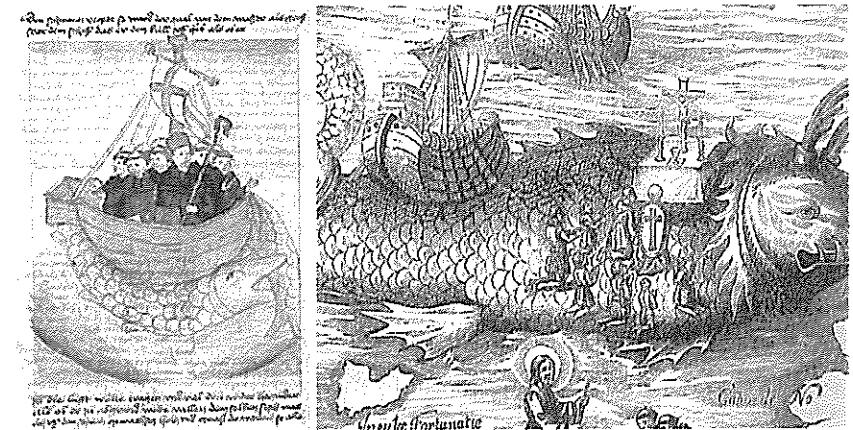


Fig. 6: La leyenda de la llegada de San Brandán al Archipiélago Afortunado (Grabado del S. XVI. Biblioteca de las Artes Decorativas, París)

¹² Las utopías concebidas como proyecto de ciudades ideales, islas felices, visiones de fundamento ético o estados de perfecto orden, son también alentadoras de ideologías activas, imágenes estimulantes e inspiradoras de acciones concretas, redentoristas, expiatorias y capaces de modificar la realidad existente. Las utopías son además sistemas dotados de cierta racionalidad capaces de concebir nuevos modos de organización social. Su intencionalidad descansa en la voluntad de trascender lo existente y a la vez servir de evasión y crítica del presente al compararlo con algo alternativo que podría ser realidad. Todas las utopías pretenden encarnar una visión radicalmente justa en un tiempo perfecto y para ello se diseñan espacios específicos como falansterios, comunas, icarias, aldeas utópicas, colonias libertarias, etc.

Durante la Edad Media, los creyentes conocían el paraíso terrenal como morada de Adán y Eva; se trataba de un lugar real y todavía existente a pesar de haber sido clausurado por el pecado y la pérdida de inocencia. Presumiblemente situado en Oriente, a gran altura, para disfrutar del aire puro y de la cercanía del cielo, estaba protegido por turbulentas aguas y tierras intran-sitables, y defendido por un fiero ángel armado y una inaccesible muralla de fuego. Se decía que en él nacían todos los ríos del universo y por lo tanto era la madre de todos los caudales de la vida. La fe medieval en el paraíso terrenal se cartografió pedagógicamente de forma fantástica y se incluyó en los atlas antiguos como infalible testimonio documental. Pero con el paso del tiempo se le perdió el miedo al ángel y su famosa espada flamígera. Las leyendas terroríficas propias de la Edad Media que poblaban de monstruos los océanos y llenaban los bosques y montañas de malos espíritus, fueron pasando al olvido tan pronto como avanzó el conocimiento racionalista y se iniciaron los grandes descubrimientos geográficos.

Aquella imagen del paraíso como lugar real, maravilloso e impenetrable también se seculariza y tentó a los espíritus de los más intrépidos aventureros. Brandán *el Navegante* (484-578)¹³, abad del monasterio de Clonfert, fue uno de los grandes monjes evangelizadores irlandeses del S. VI. Fue el protagonista central de uno de los relatos de viajes medievales más famosos de la cultura gaélica, relatado en la *Navigatio Sancti Brandani* (siglos X-XI). En ella se describe como se embarcó un 22 de marzo de 516 con otros catorce monjes en un navío para buscar el Paraíso Terrenal¹⁴. Después de un largo viaje, recaló en un mar lleno de islas. La misteriosa identidad de estas islas (y en particular de la mítica isla de San Brandán) ha sido motivo de controversias, y se ha afirmado que posiblemente se tratara de Terranova, también se las ha identificado con Islandia y las Feroe e incluso con las islas del Caribe o las islas Canarias. La leyenda cuenta que los monjes celebraron una misa de resurrección en una isla que resultó ser una ballena, y de ahí nació la leyenda de la isla errante en las aguas del Atlántico (Hernández González, 2006). El periplo de San Brandán y

¹³ También traducido por Brandano, Barandán o Borondón.

¹⁴ Las leyendas irlandesas afirman que durante la Edad Media San Brandán y su discípulo, San Maclovio, con numerosos compañeros emprendieron un viaje hacia el descubrimiento de la «isla de los Benditos». El atractivo de esta supuesta isla se encuentra en los viejos escritos de autores griegos y latinos que cuando querían imaginarse una existencia paradisíaca, no pensaban en las ciudades, a pesar de que las había muy bellas en la Grecia antigua o en el vasto imperio romano sino en lugares muy alejados y aislados. Hesíodo (siglo VIII a. C.) al tratar de imaginarse en *Los trabajos y los días* el mundo ideal de la Edad Dorada, lo sitúa «en los confines de la tierra», en las Islas de los Benditos, lugar alejado de los centros de civilización, y lo describe de este modo: «... disfrutaban de toda clase de bienes: pues la fértil tierra les daba sin esfuerzo/fruto abundante y sin límite./Vivían tranquila y pacíficamente en su tierra/duños de abundantes ganados/y amados por los benditos dioses».

su fabuloso viaje al paraíso va a influir sobre otros relatos hagiográficos difundidos por toda Europa occidental, como las narraciones viajeras de Saint-Malo en Bretaña o San Amaro en España.

Entre las tantas leyendas populares que se difundieron durante el siglo XII sobre lugares mágicos sobresalió la del «reino del Preste Juan», localizado en algún impreciso lugar de Etiopía¹⁵. Este legendario personaje se hizo construir un extraordinario castillo que disponía de un gigantesco espejo mágico que «todo veía», desde donde brotaba la fuente de la eterna juventud. Más tarde, en el siglo XIV, se divulga otro relato igual de fantástico protagonizado esta vez por el misionero florentino Giovanni Marignolli que llega a Ceilán (actual Sri-Lanka) y sitúa allí el paraíso en una montaña inaccesible que aparece y desaparece entre la niebla.

Con los tres relatos de Brandán, el Preste Juan y Marignolli se consolida la leyenda de que el paraíso está en una isla, en una montaña escarpada o es un jardín muy fértil. Como vemos, las narraciones de la existencia de ese maravilloso lugar se prodigan por todas partes y ofrecen tan dispares versiones en la medida en que la predisposición credulidad popular las daban por ciertas.

Cuando en el siglo XV el imperio otomano interrumpe las rutas comerciales de Europa con Oriente, se reactivaron las relaciones con Asia abriéndose nuevas travesías, pero esta vez por el océano Atlántico, contorneando el continente africano. Genoveses, mallorquines, normandos y portugueses se ponen manos a la obra: Jaume Ferrer alcanzó la desembocadura del río Senegal en 1346; Jean de Bethencourt conquista parte de las Islas Canarias en 1402¹⁶; Dionisio Díaz arriba a las costas de Sierra Leona y Cabo Verde en 1445; Bartolomé Díaz dobla la punta meridional de África en 1487 y Vasco de Gama alcanzó la India en 1498.

A partir de entonces, algunos de los personajes renacentistas influyentes creyeron haber encontrado el paraíso en las nuevas tierras descubiertas. Dante sitúa en una primitiva isla la frondosidad del paraíso. Las islas pasan a ser el lugar escogido por buena parte de las utopías literarias. Se recuperaron los relatos homéricos (*La Iliada*) y el deambular de Odiseo por los archipiélagos del Mediterráneo oriental, especialmente por el País

¹⁵ Esta historia inspiró a Umberto Eco para escribir su novela *Baudolino* publicada en el año 2000, ambientada en el oriente próximo del siglo XII, cuyo personaje principal buscó desesperadamente el reino del Preste Juan de las Indias.

¹⁶ Además de Platón, Plinio y otros autores grecorromanos, San Isidoro de Sevilla (560-636) señaló la existencia de unas islas muy peculiares diciendo que: «El nombre de las Islas Afortunadas significa que producen toda clase de bienes, que disfrutan de una cuasi-felicidad y de una bienaventurada abundancia». Para este erudito obispo visigodo, las islas no son realmente el paraíso, pero se le parecen mucho. Concreta que estas islas están cerca de Mauritania con lo que aventuró pistas para el posterior descubrimiento de las Islas Canarias.

de los Feacios, hasta alcanzar finalmente su Ítaca originaria¹⁷. En este contexto aflora el mito de las Islas Afortunadas y otras versiones de parecida temática que reflejan de alguna forma una versión libre del imaginario edénico y que explica el carácter recurrente y la permanencia incansable de la mayoría de los mitos y leyendas. Ya lo decía el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss (Bruselas, 1908-París, 2009) cuando definía este fenómeno como «estructuras constantes de la mente humana».

El acceso a esos otros mundos, presentados de forma más o menos idealizada, supuso una transformación de las expectativas tanto en las zonas de destino como en las de origen. Fueron muchas las ocasiones en que los grandes descubridores incurrieron en aseveraciones exageradas e inexactas. Por ejemplo, cuando Colón descubrió Cuba en 1492 pensó haber encontrado el auténtico paraíso terrenal y lo expresó en sus diarios, más rotundamente en el de su tercer viaje afirmando: «Allí creo que sea el Paraíso Terrenal adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina». Y añade: «Concluyendo, dize el Almirante que bien dixerón los sacros teólogos y los sabios filósofos que el Paraíso Terrenal está en el fin de Oriente, porque, es lugar temperadísimo. Así que aquellas tierras que agora él había descubiertó, es (dize él) el fin de Oriente»¹⁸.

América, como Nuevo Mundo, es un continente que surge a la mirada esperanzadora de los europeos como emblema de la libertad¹⁹. Cuenta García Márquez que la búsqueda de la *Fuente de la Eterna Juventud* provocó extravíos legendarios como el que llevó a Alvar Núñez Cabeza de Vaca a explorar durante ocho extenuantes años el norte de México²⁰. Pero además de quimeras y desvaríos se buscaban sobre todo riquezas terrenales²¹. Aque-

¹⁷ En el Canto XXVI de la *Divina Comedia*, Ulises quiso alcanzar lo que no había podido ningún otro hombre: el Paraíso Terrenal.

¹⁸ COLÓN, C.: *Relación del Tercer Viaje. Textos y documentos completos*. Edición y Prólogo de C. Varela, Madrid, Alianza Editorial, 1982. COLÓN, C.: *Diario del descubrimiento I y II*. Cabildo de Gran Canaria, 1976.

¹⁹ Vespucio «pensaba estar cerca del paraíso terrenal» donde «dificultosamente tantas especies entrasen en el Arca de Noé», mientras que sus habitantes «no tienen ni ley, ni fe ninguna y viven de acuerdo a la naturaleza. No conocen la inmortalidad del alma, no tienen entre ellos bienes propios, porque todo es común: no tienen límites de reinos y de provincias: no tienen rey: no obedecen a nadie, cada uno es señor de sí mismo, ni amistad ni agradecimiento, la que no le es necesaria, porque no reina en ellos codicia: habitan en común en casas hechas a la manera de cabañas muy grandes y comunes, y para gentes que no tienen hierro ni otro metal ninguno, se pueden considerar sus cabañas o bien sus casas, maravillosas, porque he visto casas de 220 pasos de largo y 30 de ancho, y hábilmente construidas y en una de esas casas había 500, o 600 almas» (*Cartas*, 1502).

²⁰ GARCÍA MÁRQUEZ, G. (1982): *La soledad de América Latina* [Discurso de aceptación del Premio Nobel 1982] (<http://www.ciudadseva.com/textos/otros/ggmnobel.htm>).

²¹ Una vieja leyenda divulgada en torno al año 713, cuando los moros conquistaron Mérida, narra que siete obispos huyeron de aquella ciudad para impedir que los infieles se apropiaran de las reliquias religiosas. Con el paso del tiempo corrió el rumor de que los obispos fundaron siete ciudades en un lugar lejano, más allá del mundo conocido en esa época, que llegaron a tener grandes riquezas, principalmente en oro y piedras preciosas. Esa leyenda fue la causa de que exploradores españoles y sus gobernantes trataran en vano de encontrar al Norte de México durante siglos las legendarias ciudades de Cibola, Quivira, Aira, Anhuib, Ansalli, Ansesseli, Ansodi, Ansollí y Con.

llos parajes vírgenes eran ciertamente pródigos en metales valiosos que debían extraerse de las profundidades de sus montañas; disponían además de vastas superficies de tierras fértiles, casi todas deshabitadas, y en donde los procesos colonizadores encendieron todo tipo de ambiciones junto al sentimiento conocido por *impulso libertario*. A estos nuevos pobladores, que al fin y al cabo se sentían libres de prejuicios y a salvo de persecuciones, no les cabía duda de que habían alcanzado la Tierra Prometida, el jardín del Edén y la gran oportunidad para enriquecerse. Por entonces se especulaba con el hecho de que la línea equinoccial ejercía extraños y trastornantes efectos sobre las personas, debido principalmente al clima de aquel mundo vegetal extraordinariamente denso, exuberante y enigmático, que tenía una misteriosa vida propia. Los hombres que se acercasen a estas áreas tropicales y subtropicales se sentirían fascinados tanto por sus encantos naturales como por el terror y el prodigio que emanaban de ellas. Se decía que, una vez superada la sorpresa inicial, se alcanzaba una especie de sentimiento «mítico» que terminaba desembocando en las leyendas de *El Dorado* con su avariciosa fantasía²². Estos relatos cautivaron el alma de muchos europeos tan pronto como pisaron las nuevas tierras. La naturaleza americana, con sus interminables cadenas montañosas y sus espectaculares altiplanos; sus exuberantes selvas amazónicas, sus vastas salinas, desiertos arenosos y manglares costeros «encierran abundantes cosas mágicas» entre las cuales destacaba como la más importante: la magia de la esperanza²³.

Por otro lado no hay que olvidar que los españoles se encontraron unas culturas indígenas que practicaban el *sumak kawsay* (*buen vivir*, en castellano) que es un modelo o forma de vida que busca el equilibrio con una naturaleza que satisfacía con creces todas sus necesidades básicas. Este concepto proviene del quechua y forma parte de las ancestrales culturas andinas. En su significado original, *Sumak* hace referencia a la realización ideal y hermosa del planeta, mientras que *Kawsay* («vida»), se refiere a contar con una vida necesariamente digna y plena. El *sumak kawsay* considera a las personas parte fundamental de una comunidad

²² La leyenda de El Dorado tiene su origen en los ritos que hacían los indios Muiscas untando todo el cuerpo con polvo de oro a su nuevo jefe. La leyenda de «El Hombre Dorado», «El Indio Dorado», «El Rey Dorado» se traslada luego a un imaginario lugar denominado «Eldorado» que se convierte así en un legendario país ambicionado por Pedro de Ursúa, Lope de Aguirre y tantos otros conquistadores y aventureros.

²³ Con Américo Vespucio se empezó a labrar la imagen de la «utopía real» americana. Al regreso de sus viajes relató a sus mecenas florentinos lo que había visto y vivido en tierras de ultramar. Sus cartas e informes fueron leídos con avidez por influyentes pensadores y escritores que trataron esa utopía en sus obras. Es el caso del Inca Garcilaso de la Vega, Pedro Mártir de Anglería, Bartolomé de las Casas, Mitchel de Montaigne, Voltaire, d'Alembert, Campanella, Francis Bacon, Fourier, Proudhon, etc.

humana, la cual es a su vez un elemento característico de la *Pachamana* o Madre Tierra (madre mundo)²⁴. La conquista de América desencadenó todo tipo de ambiciones en un tiempo revuelto en que algunos aventureros se elevaron de la nada a la cumbre: Pizarro, Almagro, Cortés, Orellana, Valdivia, Quesada, De Soto, etc. son los principales protagonistas que se añaden a una larga lista de exploradores y conquistadores que llenaron la crónica de aquella gesta de interminables páginas de gloria e infamia.



Fig. 7: País de Jauja (P. Brueghel, 1525-1569)

En marzo de 1534, Pizarro explora la región de los Hatun-Xauxas (en Perú) y se quedó absorto al contemplar la hermosura y la magnificencia del Valle del Hatunmayo (hoy Valle del Mantaro) toda ella cubierta de abundante vegetación. Sus fértiles campiñas y sus vegetadas quebradas, el verdor de sus praderas, su clima ameno y su cielo azul, cautivaron a los recién llegados a estas tierras. Cuando los españoles pisaron territorio inca pensaron o se imaginaron que estaban en «una Utopía», al no ver gente hambrienta, ni pobre debido a la eficiencia agraria de los indígenas andinos. Hay un pasaje en donde el propio Pizarro afirma que «...en todo lo que anduve no me pareció mejor disposición para asentar pueblos...».

²⁴ Humboldt, casi tres siglos más tarde, describe aquella realidad como sigue: «Los ecuatorianos son seres raros y únicos: duermen tranquilos en medio de crujientes volcanes, viven pobres en medio de incomparables riquezas y se alegran con música triste» (Nota escrita durante su estadia en Ecuador entonces Audiencia de Quito Desde Junio de 1802 a Enero de 1803).

Él ya estaba informado y sabía que esta zona era muy rica en oro y plata, en alimentos de todo tipo y estaba muy poblada²⁵.

Los cronistas que acompañaron al conquistador de Tahuantinsuyo, ante la majestuosidad de sus valles y montañas, y dominados por la templanza del clima y la abundancia de bastimentos, redactan sus crónicas y cartas acuñando en sus relatos la frase siguiente: «...desde el País de Jauja», y es así como renace la vieja leyenda. Más tarde el Romancero español del siglo XVII consideró a Jauja como un país fabuloso y paradisiaco. El escritor andaluz Lope de Rueda (1510-1565), influido por las noticias que de esa tierra traían los viajeros, dio el nombre de *Jauja* a un pueblo ficticio llamado *El Deleitoso* en su obra teatral titulada *La tierra de Jauja*, en la que describe el lugar como el valle del oro en la que los árboles dan buñuelos, los ríos, leche; las fuentes, manteca y las montañas, queso. Igualmente el cuadro de Brueghel (1525-1569), con el título de *País de Jauja*, de 1567, representa al cerdo que llega con el cuchillo clavado en el vientre, las casas están cubiertas de tortas y los setos son salchichas. La Real Academia Española ofrece de Jauja el significado de lugar o situación ideales, pero también añade el de «vivir en jauja». Por supuesto, la fantasía popular terminó por identificar al Valle de Jauja con el Paraíso Terrenal, de manera que expresiones como *esto es Jauja* o *vivir en Jauja* han quedado para siempre como términos equivalentes de disponer o pasar una vida placentera sin sobresaltos y con el bienestar asegurado.

La leyenda se extiende y el mapa temático de estos supuestos paraísos americanos desemboca en un prototipo común, enriqueciéndose su cartografía al ganar mayor precisión e incorporando nuevos valores con el paso del tiempo. Como ya se ha dicho, el ideal responde casi siempre al patrón perfilado por la imagen de un jardín fértil, hermoso, pródigo en bienes, perfumado, aislado como una isla o un valle (Jauja), en donde se dan las mejores posibilidades para vivir bien y encontrar la felicidad pero también para la perfecta reconciliación del hombre con la naturaleza.

Una idea no muy distinta es la que lleva más adelante a Owen a fundar en 1825 la Comunidad de New Harmony en Indiana (EE.UU.). Se trata de un familisterio establecido en un espacio idílico en donde ensaya

²⁵ Es curioso constatar como en un poema del norte de Francia y en la narración inglesa *The Land of Cockayne*, ambas obras del siglo XIII, de autor anónimo, ya se describe un supuesto país de *Cuñaca* o *Jauja* que responde al viejo tópico del mundo al revés: ríos con aceite, leche, miel y vino; los gansos vuelan ya asados; todos los alimentos están «a pedir de boca». Y de como una imagen parecida con el paso del tiempo se extrapola más allá del océano Atlántico. LEVITAS, R. (2007): «La educación del deseo: el redescubrimiento de William Morris». *Revista Desacatos*, enero-abril, n.º 23. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. México DF, pp. 203-222.

su modelo de sociedad perfecta. Más tarde el geógrafo francés Eliseo Reclus (1830-1905), llevado por sus ideales utópicos, se dirige en 1855 a Colombia con la pretensión de fundar una colonia libertaria en la que primara la igualdad más absoluta. Esta empresa, como la anteriormente citada, cargada de romanticismo y de búsqueda de felicidad y exotismo, fracasa en lo esencial. Sobre su estancia en aquellas latitudes escribió Reclus a su regreso a Europa un extenso relato sobre la Sierra Nevada de Santa Marta y un pionero tratado de Geografía que consiguió una memorable trascendencia.

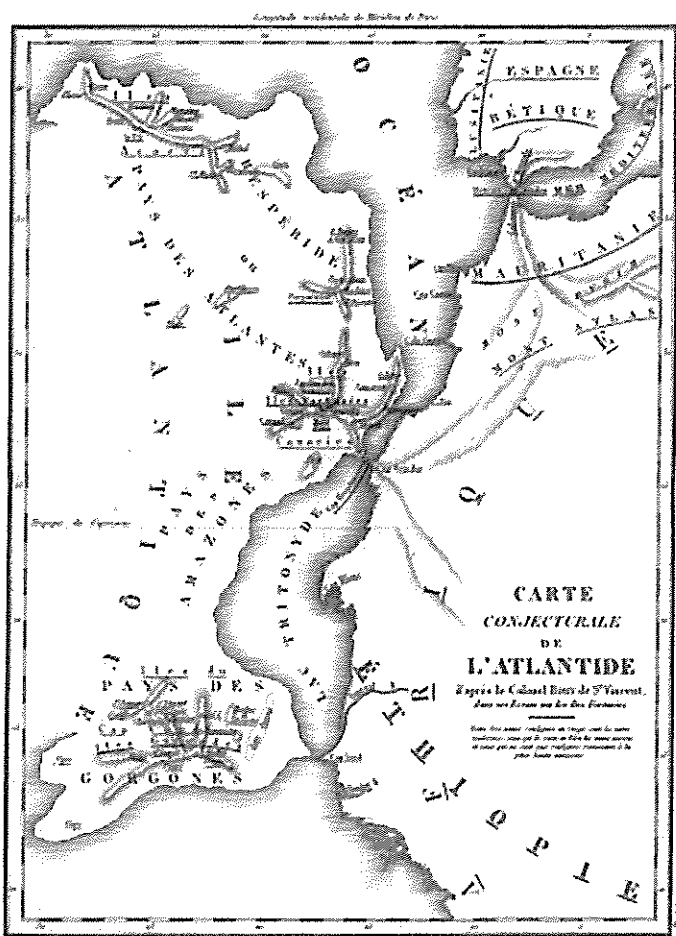


Fig. 8: Carte Conjecturale de L'Atlantide (Bory de Saint-Vincent)

Otros autores, como el oficial del ejército francés Bory de Saint-Vincent²⁶, creyeron que el paraíso estaba situado en los cuatro archipiélagos de la Macaronesia²⁷ (Atlántico medio-oriental). A este autor corresponde la *Carte Conjecturale de L'Atlantide* inserta en la primera edición de sus ensayos sobre las Islas Afortunadas, publicado en 1803, y que se reproduce en la figura nº 8. El propio Bory de Saint-Vincent (página 240 del capítulo VI^o) afirma textualmente: «Toda la antigüedad, si no se quiere falsear lo que dice, se une a nosotros para situar los Campos Elíseos, las Gorgonas, las Amazonas, el monte Atlas, el Jardín de las Hespérides, las manzanas de oro y el dragón temible que las guardaba, el término de los trayectos de Hércules, en los extremos del mundo, es decir, en las Islas Canarias».

Un fenómeno similar sucedió en el océano Pacífico en donde sobresalieron inicialmente las expediciones y descubrimientos realizados, entre otros, por los españoles Fernando de Magallanes (en 1525), Álvaro de Mendaña (en 1595), Juan Sebastián Elcano (1521-22), Luis de Torres²⁸ y Pedro Fernández de Quirós (explorador de Tahití en 1696).

Con la ilustración y la expansión colonial europea de los siglos XVIII y XIX se reaviva el interés por culminar la exploración del planeta. En esa dirección se acrecentaron expediciones muy célebres como las del español Malaspina y los franceses Bougainville²⁹ y Jean François Galaupel (Conde de Laperouse); los alemanes Humboldt, Enrique Barth, Richtofen y Rhofs; los ingleses Cook, Darwin, Banks, Clapperton, Levingstone y Stanley; el portugués Serpa Pinto, el sueco Nordenskiöld y el ruso Przewalsky. En poco tiempo los relatos de aquellos científicos y exploradores, a veces exagerados y cargados de referencias mitológicas, tuvieron un gran impacto en Europa. En el contexto de esa expectación se multiplicaron las memorias de expediciones de todo tipo, se reeditaron aventuras y odiseas de épocas anteriores, y se compilaron historias generales de viajes a los

²⁶BORY DE SAINT-VINCENT, J.B.G.M.: *Ensayos sobre las Islas Afortunadas y la Antigua Atlántida o compendio de la Historia General del Archipiélago Canario*. La Orotava, 1988, 299 páginas.

²⁷Término proveniente del griego *macaros* (feliz) y *enesos* (isla) y cuya acepción más extendida es la de «islas pobladas por hombres felices».

²⁸De Torres descubrió las Nuevas Hébridas y las costas de Nueva Guinea. El brazo de mar que hay entre Australia y Nueva Guinea lleva el nombre de este navegante español del siglo XVII.

²⁹En los testimonios aportados por Bougainville son constantes las referencias grecolatinas. De hecho Bougainville pone en su relato algunas citas en latín de la *Eneida* de Virgilio. Menciona todos los paraísos terrenales. «*Me creí transportado al jardín de Edén [...] Un pueblo numeroso disfruta de los tesoros que la naturaleza versa a manos llenas*». «*Es el país donde reina aún la franqueza de la Edad de Oro*». Se refiere a la ya referida edad mitológica en que los hombres vivían como dioses, en justicia y paz. «*Uno cree encontrarse en los Campos Elíseos*», es decir, en la residencia de los héroes agraciados con la inmortalidad por los dioses, lugar descrito por Virgilio como de perpetua primavera, revestido de vegetación, embellecido de flores, sombreado de apacibles arboledas y refrescado por fuentes perennes y la deliciosa brisa del zéfiro.

míticos «mares del sur». El imaginario de unas islas felices y alejadas en medio del océano Pacífico (archipiélagos de Melanesia³⁰ y Polinesia³¹) llega al Viejo Continente con una gran carga de subjetividad y coronado de un halo de exotismo revestido de cultura. Se propaga la idea de unas tierras idílicas pobladas por sociedades dóciles que viven en inocente sacralidad y que comparado con el asfixiante orden cartesiano vigente en Europa no hace sino aumentar decisivamente su atractivo.

A este respecto llama la atención el periplo del inglés Joseph Banks (1743-1820), eminente naturalista, explorador y botánico inglés, que se embarca en el *Endeavour* con un equipo científico en la expedición del capitán James Cook en su primer viaje de 1769. De sus averiguaciones en el Pacífico dan cuenta unas 75 especies que llevan su nombre. Fue el primero en introducir en Occidente los eucaliptos, acacias y mimosas. En un pasaje de sus notas llega a comparar la isla de Tahití con la Arcadia («*La escena que descubrimos era la más verídica de las representaciones que podíamos imaginar de una Arcadia de la que íbamos a ser reyes*»)³².

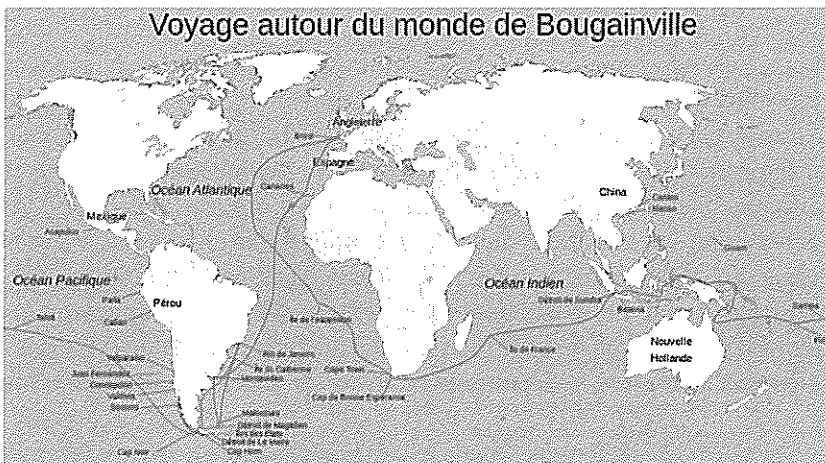


Fig. 9: Viaje alrededor del mundo de Bougainville

³⁰ Una de las tres partes en que se divide Oceanía compuesta por Nueva Guinea, Tasmania, Nuevas Hébridas (Vanuatu), Nueva Caledonia, Islas Pérouse, Fidji y Luisiada.

³¹ Grupo de islas de Oceanía entre las que se incluyen Nueva Zelanda, Hawái, Polinesia francesa, Cook, Tuvalu, Phoenix, Tonga, Isla de Pascua, Marquesas, etc.

³² Notas biográficas de Banks en SCEMLA y GRENPELL: 14. *The Endeavour Journal of Sir Joseph Banks, 1768-1771*, citado en Scemla: 442, 444, y de la versión en línea de *Australian Studies Resources*, University of Sydney, <<http://setis.library.usyd.edu.au/oztexts/>>.

Con referencias clásicas de este tipo, Occidente vuelve nostálgicamente a deleitarse viendo en el espejo polinesio su propio pasado de sociedad primitiva y edénica. Renace de nuevo el mito filosófico del noble salvaje y el retorno a los orígenes. Para los sociólogos de la época es la confirmación de los patrones en que se circunscribe la sociedad perfecta, sin prejuicios, en armonía y equidad. Por ejemplo, el enciclopedista Diderot (1713-1784) escribió un suplemento al viaje de Bougainville para dar su propia versión del noble salvaje rousseauiano³³. Para ello se valió de la sencillez de la vida primitiva y la moralidad natural de los isleños como excusa para satirizar la artificialidad de la cultura occidental y la decadencia de la civilización urbana.

Las reacciones en Europa recorrieron todas las direcciones posibles. Por ejemplo, para determinada literatura estas referencias constituyeron una peculiar exaltación de tipo sensorial y exótico que alentó movimientos estéticos románticos. En cambio a los filósofos más progresistas del momento se les presentó como una magnífica oportunidad para comparar la civilización occidental, hipócritamente reprimida por los convencionalismos sociales, con el hombre natural³⁴. Del mismo modo que los viajes de Alonso de Ojeda y Américo Vesputio³⁵ inspiraron en su día la *Utopía* de Tomás Moro, y las descripciones de Canadá realizadas por Cartier y La Roche inspiraron a Rousseau las teorías sobre el 'buen salvaje', las descripciones de las islas del sur sirvieron también de modelos ideales para desarrollar nuevas utopías y quimeras, al mismo tiempo que atraer la atención de botánicos, antropólogos, sociólogos, pedagogos y filósofos por el conocimiento de estas nuevas realidades.

³³ DIDEROT, D.: *Supplément au voyage de Bougainville - 1772*. Publicado en 1796.

³⁴ ALCOBERRO, R.: *Diderot a Citera: Eros i Thánatos al segle de les Llums*. <<http://www.alcoberro.info/>>.

³⁵ El español Alonso de Ojeda (1468-1515), acompañado del cartógrafo Juan de la Cosa y del italiano Américo Vesputio, recorrieron las costas venezolanas (Guyana, Trinidad, Tobago, Curaçao, Aruba y Colombia). Este explorador es famoso por haber dado el nombre de *Venezuela* a la región que exploró en sus dos primeros viajes, por haber descubierto el lago Maracaibo y fundar la ciudad de Santa Cruz (La Guairita).

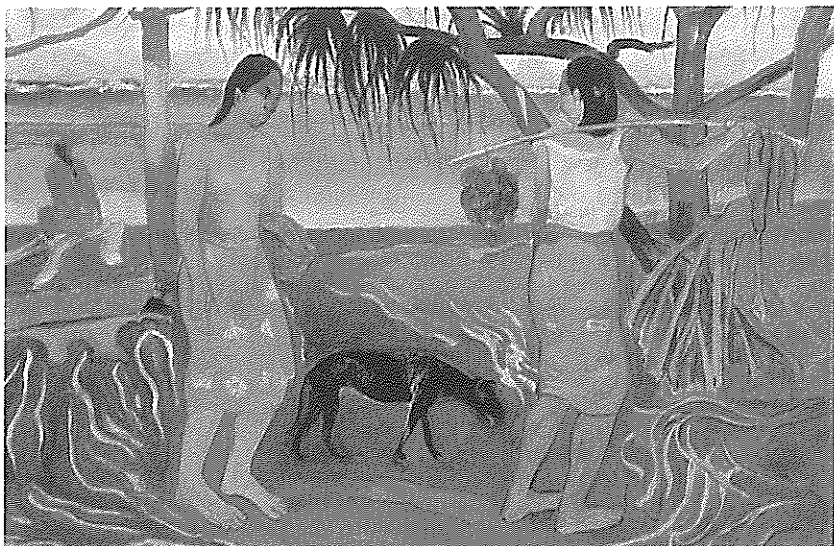


Fig. 10: Gauguin: *I Raro te Ovirī*, 1891 (Dallas Museum of Art)

Para los artistas en general constituyó un generoso manantial de inspiración de cara a sus obras de ficción y sus libros de viaje, rehaciendo el mito a su medida y poniendo en boga el género literario de los *Mares del Sur*. Se editaron por entonces numerosas memorias de las expediciones y se recrearon textos de exploradores, aventureros y bohemios y mucha literatura de ficción basada en aquellas tierras y su gente. Entre todos estos autores sobresale H. Melville (1819-1891)³⁶, el ya citado R. L. Stevenson (1850-1894), Jack London (1876-1916), Julien Viaud, conocido en los medios literarios como Pierre Loti (1850-1923), Víctor Segalen (1878-1919) y Paul Gauguin (1848-1903)³⁷ por destacar tan sólo a los más conocidos. Pero en este contexto se pueden incluir también los novelescos relatos de Defoe y Swift, los resúmenes de viajes a lugares exóticos y las utópicas fantasías juliovernescas, sin dejar de reseñar una vez más los curiosos proyectos de paraísos futuros de utopistas y revolucionarios que postularon ilusionadamente una posible sociedad ideal, igualitaria y feliz, acorde a las proclamas iniciales de la Revolución Francesa, y las sociedades utópicas diseñadas por profetas e ideólogos

³⁶ A partir de la experiencia de Melville (tripulante de un ballenero y desertor en las Marquesas en 1842) cuya novela, *Typee* (1846), es considerada como la primera del género de la literatura de los mares del sur.

³⁷ Este pintor postimpresionista desarrolló la parte más sobresaliente de su producción pictórica primero en el Caribe (Martinica) y luego en Oceanía (Polinesia Francesa), volcándose en paisajes y desnudos muy audaces para la época por su rusticidad y colorido rotundo, opuestos a la pintura burguesa y esteticista predominante en la cultura occidental de entonces.

de corte anarquista y comunista. Estas tendencias han sido continuadas por el movimiento hippy y los movimientos contraculturales, libertarios y ecopacifistas nacidos en los años sesenta en los Estados Unidos y Europa occidental. En el ideario de los recientes movimientos antiglobalización o altermundistas se encuentran elementos como la mitificación del medio natural que conectan directamente con la eterna búsqueda de un modelo de vida ideal.

7. MITO Y TURISMO

El mundo de la modernidad es un mundo para ser vivido, viajado y experimentado. El viaje es en sí mismo una oferta excepcional para salir de la rutina. En la semiótica del turismo viajar equivale a salirse de lo ordinario para entrar en lo extraordinario. La modernidad, a diferencia del antiguo sedentarismo, introduce una propuesta neónomada en donde el sueño y la pasión por viajar a territorios exóticos reproducen en parte la dicotomía de lo profano y lo sagrado. «Siempre preferimos ‘el otro lugar’, aquel donde no estamos» (Verdú, 2011). Todo lo expuesto nos permite afirmar que durante siglos la fascinación por lo lejano y lo desconocido se soluciona viajando. Pero esa posibilidad sólo ha estado al alcance de unos pocos privilegiados, ricos, aventureros, bohemios o melancólicos, que podían colmar su sed de aventura, su curiosidad y su ansia por escapar de situaciones opresivas o agobiantes. Desde el siglo XVI los valientes exploradores, con sus espectaculares expediciones, no sólo dieron a conocer toda la faz de la Tierra, sino que empequeñecieron el planeta para siempre. Pero sobre todo fueron los grandes viajeros de los siglos XVIII y XIX los que acabaron definitivamente con las *terrae incognitae*, temerosamente intuidas por los geógrafos de la antigüedad, y construyeron en su lugar una completa *imago mundi*, una auténtica *Orbis Terrarum*. En ese largo proceso el paso culminante se dio en 1960 cuando una nave tripulada descendió por primera vez a la fosa de las Marianas, a 11.004 metros de profundidad, dándose por terminada la exploración de la Tierra.

En el mundo de la creatividad es muy frecuente (y hasta recurrente) la búsqueda de paraísos estéticos consistentes en la idealización de espacios físicos e imaginarios en donde la vida transcurre indolentemente en ausencia de sobresaltos ni molestas tensiones y penurias que deben soportar los humanos en la vida real. En ese mismo mundo, en donde únicamente son admisibles los sueños literarios y artísticos,

lo normal consistía en deleitarse con la mera idealización esteticista, la ensoñación o el viaje virtual³⁸. Desde aquellos círculos selectos y con el apoyo entusiasta de los medios de comunicación se fueron propagando miméticamente esas aspiraciones hacia otras capas más amplias y permeables de la sociedad que han asumido sin esfuerzo esa percepción y valores subyacentes como si de una confortadora y escapista ilusión se tratase.

Incluso, en la actualidad, se aprecia como el *marketing* del paraíso se ha incorporado a la cotidianeidad pero ahora además como un sueño realizable a través del consumismo; por esa razón la fantasía de la felicidad se ha trasladado a los catálogos turísticos que difunden las agencias de viaje. A su vez, la conquista social de las vacaciones pagadas y el abaratamiento de billetes y estancias han extendido la costumbre del viaje de placer hasta convertirlo en una acuciante necesidad popular. Los operadores turísticos han puesto todo su empeño para que los viajes de placer estén al alcance de cualquier bolsillo y que el hecho de no viajar esté incluso socialmente mal visto. El turismo contemporáneo es ya un movimiento de masas y por ello una poderosa industria multimillonaria que no cesa de crecer. La costumbre de viajar se socializa crecientemente y las propias agencias de viaje están logrando además que el turismo ocupe un lugar central del catálogo de los llamados 'bienes culturales', precisamente en una época en que la cultura se emplea como medio de seducción y como reclamo para estimular deseos que pueden adquirirse en el mercado.

Desde una mirada humanista no cabe la menor duda de que el turismo actual (entendido como búsqueda de espacios extraordinarios donde residir placenteramente durante una temporada), fija su origen en el complejo mundo de las ensoñaciones reinventadas por el género humano con el deseo de escapar del hastío o de la dura realidad de la

³⁸ «Huías de la civilización europea corrompida por el becerro de oro, en busca de un mundo puro y primitivo, en cuya tierra de cielos sin invierno, el arte no sería un negocio más de los mercaderes sino un quehacer vital, religioso y deportivo, y donde un artista, para comer, sólo necesitaría, como Adán y Eva en el Jardín del Edén, levantar los brazos y arrancar su alimento de los fértiles árboles» (Vargas Llosa, 2011: 273-274). Otra pista importante nos llega de la mano de Camus, pensador influyente durante gran parte del siglo XX. En 1957, recibió el Premio Nobel de Literatura por «el conjunto de una obra que pone de relieve los problemas que se plantean en la conciencia de los hombres de hoy». Pero Camus ya era admirado por su insistencia en la nostalgia del sol y de las playas de su Argelia original en novelas como *El extranjero* (1942) y *La peste* (1947). Igualmente, los protagonistas de *El malentendido* (1944) sueñan con viajar al Sur. En su obra *Bodas* (1939), Camus nos presenta un personaje que añora el paraíso o por lo menos en un paraíso geográfico un tanto peculiar. En Camus se evocan elementos esenciales de la geografía mediterránea que suelen estar presentes en toda oferta turística: sol, mar, cuerpos dorados, ocio y libertad y exóticas palmeras cimbreándose como el deseo. Sin dejar de lado alcohol, tabaco y drogas que junto con las tres ceses (sun, sea, sex) conjugan la famosa trilogía de deseos también demandados por cierto tipo de viajeros contemporáneos.

vida cotidiana³⁹. Es en esta dirección como el turismo contemporáneo explota esas ansias inconscientes de búsqueda de una mítica (y tal vez efímera) felicidad jamás satisfecha del todo. Como ya se apuntó en otra parte de este trabajo, una de las historias del paraíso, la que sin duda más fuerza tiene en la actualidad, está incorporada a nuestras fantasías cotidianas a través de los folletos propagandísticos que difunden los catálogos promocionales de las agencias de viaje.

8. CONCLUSIONES

Actualmente las investigaciones académicas en turismo no aprecian en su justa medida el valor que tiene la mitología como herramienta de trabajo para comprender las dinámicas establecidas entre las relaciones sociales, territoriales y económicas, las normas y las estructuras empresariales y políticas vigentes, las cuales no cesan de evolucionar constantemente. En ese contexto, es importante dilucidar no solo la función simbólica y ejemplificadora del mito, sino también sus potencialidades como un nuevo enfoque que se abre a los ya existentes en los estudios del turismo. A ese respecto cabe mencionar que la narración mítica no es una estructura cerrada y estable sino que toma diferentes formas dependiendo de cada época en la cual es nuevamente interpretada y narrada.

Como se ha demostrado a lo largo del trabajo que acabamos de exponer, existe una fuerte conexión entre el turismo y la mitología comparada que, a nuestro juicio, debe ser estudiada de forma científica y seria. Esta aproximación al tema está relacionada con el estudio riguroso del turismo y pretende fundamentalmente rescatar no solo el poder que el mito en su más amplia acepción tiene en la vida cotidiana de las personas, sino contribuir a descubrir su influencia real como estímulo en los potenciales demandantes. Los territorios imaginados están envueltos en la mitología y por esa razón no son solo construcciones fantásticas sobre determinados lugares y hechos sino verdaderos mensajes ético-morales que provee a la sociedad de modelos altamente subyugantes para comprender el mundo.

³⁹ Margaret Mead narra en 1928 que la infelicidad en nuestra cultura procede de la represión. «Estábamos intoxicados de moral. La sensualidad de los mares del sur era una manifestación de la inocencia original. Las playas nos devuelven a la situación adánica narrada en la Biblia. Nuestros primeros padres iban desnudos y no sentían vergüenza». Esta es una de las tantas ideas recuperadas en las sociedades más avanzadas social y económicamente por el negocio turístico. Ya en los años sesenta del siglo XX los hippies recompusieron el núcleo esencial del pensamiento roussoniano: es necesario huir de la contaminada sociedad, regresar a la naturaleza e instalarse en ella para depurarse. Pero del mismo modo a como se ha repetido tantas veces en la historia, el mito y la rebeldía sucumben y se reducen de nuevo a puro consumismo.

De esta forma, el turismo en tanto que hecho social y económico puede ser explicado, descrito y comprendido por medio del análisis profundo de los lugares míticos empleando como fuente documental los libros sagrados, las leyendas y tradiciones, la producción cartográfica y la producción literaria de todos los tiempos. No es un secreto para nadie destacar que el actual turismo de masas hunde sus raíces en los medievales desplazamientos territoriales a los lugares santos de peregrinación en donde pecado, expiación y perdón están estrechamente ligados, o también la idea recurrente de la expulsión como forma de redención para un nuevo retorno. Existen investigaciones muy solventes que insistentemente enfatizan que las sociedades modernas capitalistas son una construcción social cuyas raíces se encuentran ligadas a la mitología grecolatina y a las culturas semítica y cristiana. Comprender cómo funcionan esas mitologías no solo ayuda a los investigadores a desvelar ciertas cuestiones asociadas al turismo y la hospitalidad, sino también al ocio vacacional como institución social consolidada e imprescindible de la contemporaneidad ya que el advenimiento de la modernidad favoreció que el tradicional viaje sagrado diera lugar a una nueva forma de viajar o de hacer turismo.

Tampoco debe perderse de vista que cada mito describe lugares y narra historias que no son ajenas al presente de los individuos sino que, por el contrario, moldea, condiciona e incentiva diferentes prácticas sociales. En este sentido, el viaje vacacional y la movilidad como aspectos fundamentales del turismo, constituyen un proceso cíclico que a su vez pueden ser estudiados como procesos rituales más o menos ligados a un mito de origen. Se entiende, igualmente, que esos mismos aspectos conjugan tanto una posesión territorial temporal (el viajero se desplaza a lugares remotos para tomar posesión efectiva de una habitación en un determinado establecimiento hotelero) al tiempo que realiza también un cambio estacionario que evoca un orden ancestral. En otras palabras, las vacaciones marcan el final de un ciclo laboral y, tras su consecución, el inicio de otro nuevo, pero ya reformado, re-configurado e integrado de acuerdo al orden social vigente, de ahí las frases: «he recargado las pilas» o «vengo como nuevo» que evocan una cierta idea de purificación por medio del viaje expiatorio.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, A. y MARTÍNEZ, E. (comps.) (2009): *El buen vivir. Una vía para el desarrollo*. Abya Yala. Quito.
- ALCOBERRO, R. (2004): *Diderot a Citera: Eros i Thánatos al segle de les Llums*. (<http://www.alcoberro.info>).
- ALEXANDRIAN, S. (1983): *El socialismo romántico*. Editorial Laia. Barcelona.
- ALIGHIERI, D. (1996): *La Divina Comedia*. Ed. Cátedra, Madrid.
- AINSA, F. (1977): *La reconstrucción de la utopía*. Buenos Aires. Ediciones del Sol.
- BACZKO, B. (1996): *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- BLOCH, E. (1983): *Le principe esperance*. (3 vols.). Paris. NRF. Gallimard.
- BOARQUE DE HOLANDA, S. (1982): *Visión del paraíso: motivos edénicos en el descubrimiento y colonización del Brasil o Historia de la civilización brasileña*. Editorial Ayacucho. Caracas.
- BORGES, J. L. y GUERRERO, M.: *Manual de zoología fantástica*. FCE. México (eds. de 1957, 1966, 1971, 1984, 1998, 2005 y 2009).
- : *El libro de los seres imaginarios* (editado en España por las editoriales Destino en 1967 y 2007; Bruguera-Alfaguara en 1979, 1980, 1981 y 1986; Emecé en 1978 y 1990; y Alianza Editorial en 1998 y 2005).
- BORY DE SAINT-VINCENT, J. B. G. M. (1988): *Ensayos sobre las Islas Afortunadas y la Antigua Atlántida o compendio de la Historia General del Archipiélago Canario*. La Orotava.
- CANO BALLESTA, J. (1991): «Utopismo pastoril en la poesía dieciochesca: la 'Égloga' de Tomás de Iriarte». *Anales de Literatura Española*, Universidad de Alicante, n.º. 7.
- CARMONA FERNÁNDEZ, F. y GARCÍA CANO, J. M. (eds.) (2008): *La utopía en la literatura y en la historia*. Murcia. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- CLAEYS, G. (2011): *Utopía. Historia de una idea*. Madrid. Siruela.

- COLÓN, C. (1976): *Diario del Descubrimiento*. Tomos I y II. Madrid. Cabildo de Gran Canaria. Estudios, ediciones y notas por Manuel Alvar.
- DAVIS, J. C. (1985): *Utopía y la sociedad ideal*. FCE. México.
- DIDEROT, D. (1992): *Suplemento al viaje de Bougainville*. CSIC, Madrid.
- EAGLETON, F. (2006): *La estética como ideología*. Trotta. Madrid.
- ECO, Umberto (2013): *Historia de las tierras y los lugares legendarios*. Ed. Lumen. Barcelona, 478 pp.
- ESTÉVEZ GONZÁLEZ, F. (2005): «Tradición y turismo». *BASA*. Colegio de Arquitectos de Canarias (<http://www.coac-lpa.com/>) nº 28.
- FLORES, F. J. (2008): «Del paraíso terrenal, también una utopía», en CARMONA FERNÁNDEZ, F. y GARCÍA CANO, J. M. (eds.): *La utopía en la literatura y en la historia*. Murcia. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, pp. 131-144.
- FREUD, S. (1970): *Escritos sobre judaísmo y antisemitismo*. Alianza. Madrid.
- GOMÁ LANZÓN, J. (2011): «La verdad del mito». *El País-Babelia* (2/04/11).
- GIL, J. (1989): *Mitos y utopías del descubrimiento*. Madrid. Alianza.
- HEINSE, W. (2004): *Ardhinghello y las Islas Afortunadas*. Valencia. Pre Textos.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, F. (ed.): *La navegación de San Brendán*. Madrid, Akal, 2006.
- JIMÉNEZ, J. (1983): *La estética como utopía antropológica*. Madrid. Tecnos.
- JUNG, C. (1969): *Teoría del psicoanálisis*. Barcelona.
- KANT, I. (2008): *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y lo sublime*. Madrid, Alianza.
- LEVITAS, R. (2007): «La educación del deseo: el redescubrimiento de William Morris». *Revista Desacatos*, enero-abril, nº 23. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. México DF, pp. 203-222.
- MAJFUD, M. (2008): «América y la utopía que descubrió el capitalismo». *Escritos Críticos*, enero de 2011. México (<http://majfud.org/2011/01/07/america-y-la-utopia/>).

- MANGUEL, A. y GUADALUPI, G. (2000): *Breve guía de lugares imaginarios*. Alianza Editorial. Madrid.
- MARINA, J. A. (2006): «¿Existe el paraíso?». *El Magazine*, (La Vanguardia) Barcelona.
- MARINA, J. A. (2002): *El arte del paraíso*. (<http://elcultural.es>).
- MARINA, J. A. y VÁLGOMA, M. (2000): *La lucha por la dignidad. Teoría de la felicidad política*. Barcelona, Anagrama.
- MARTÍN DE LA ROSA, B. (2003): «La imagen turística de las regiones insulares. Las islas como paraísos». *Revista Cuadernos de Turismo* nº 11.
- MARTÍN DE LA ROSA, B. (2005): «Islas como paraísos». *BASA*. Colegio de Arquitectos de Canarias (<http://www.coac-lpa.com/>) nº 28.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (1991): «Canarias en la Antigüedad: mito y utopía» en VV.AA.: *Historia de Canarias, Prehistoria S. XV*. V. Iº. Valencia. Ed. Prensa Ibérica, pp. 21-40.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (1996): *Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento*. Sta. Cruz de Tenerife, Cabildo de Tenerife-CCPC.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (2002): «La semántica de San Borondón». *La Provincia-DLP*, 22/08.
- MEAD, M. (1990): *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Ed. Paidós, Barcelona.
- MONDOLFO, R. (1954): «Tomás Campanella y su pensamiento», en *Figuras e ideas de la filosofía del Renacimiento*. Losada, Buenos Aires.
- MORRIS, W. (1968): *Noticias de ninguna parte o una era en reposo*. Ediciones de Ciencia Nueva y Minotauro, 2004.
- PANCORBO, L. (2006): «Islas Marquesas: El paraíso encontrado y perdido» en *Las islas del rey Salomón. En busca de la Tierra Austral*. Barcelona, Laertes.
- PLATÓN (1992): *República*. Madrid. Gredos.
- REVEL, J. F. (1972): *Las ideas de nuestro tiempo*. Madrid. 351 pp.
- RIULLOP, V.: *La isla anacreóntica. Las referencias clásicas de los navegantes de la Ilustración*. (<http://www/vr/aus/anacreontica.htm>).

- ROUGIER, L. (1984): *Del paraíso a la utopía*. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- ROVIRA, J. C. (1995): «Del espacio geográfico medieval al espacio utópico renacentista en las primeras crónicas», en *Entre dos culturas. Voces de identidad latinoamericana*, Universidad de Alicante, pp. 29-35.
- SEGUÍ, Virginia (2013): «El Paraíso Terrenal o Jardín del Edén». *Revista Alenarte*, nº. 105, noviembre de 2013.
- SERVIÉ, J. (1995): *La utopía*. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- SERRA, F. (2006): *Utopía e ideología en el pensamiento de Ernst Bloch. La función utópica*. (http://www.wikilearning.com/monografia/utopia_e_ideologia_en_el_pensamiento_de_ernst_bloch-la_funcion_utopica/13644-3).
- TROUSSON, R. (1995): *Historia de la literatura utópica: viajes a países inexistentes*. Ediciones 62.
- TROUSSON, R. (1998): *D'Utopie et d'Utopistes*, Paris-Montréal, L'Harmattan.
- VARGAS LLOSA, M. (2011): *El paraíso en la otra esquina*. Madrid. Alfaguara.
- VÁZQUEZ, F. (2007): *El Dorado. Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre*. Madrid, Alianza Editorial.
- VERNEAU, R. (1934): «Las Islas Canarias y la leyenda de la Atlántida». *El Museo Canario*, nº. 3, año II, mayo-agosto, Las Palmas de Gran Canaria.
- VV.AA. (1970): *La conquista de la Tierra*. Barcelona. Ed. Salvat.
- VV.AA. (1996): *Utopía y nuestra América*. Quito. Biblioteca Abya-Yala, nº. 28.
- VV.AA. (2008): *Mitología. Mitos y leyendas del Mundo*. Fundación BBVA, Barcelona.
- ZWEIG, Stefan (2003): *Momentos estelares de la humanidad. (Huida hacia la inmortalidad: El descubrimiento del océano Pacífico. 25 de septiembre de 1513 y El descubrimiento de El Dorado)*. Ed. Acantilado. Barcelona.